

¿DEMOCRACIA O LIBERTAD?

El movimiento descendente de un ascensor con el cable roto no tiene nada de desagradable hasta el choque final. Así se explica que las democracias occidentales hayan vivido en relativa serenidad todo el largo período de evolución —en tantos aspectos descendente— que va de la Revolución francesa a la Gran Guerra. Pero ya estamos cerca del suelo, y la gente se pregunta con carne de gallina cuándo va a saltar en astillas todo el ascensor social. Mientras se conseguía poner a raya a la codicia de los de arriba, no con invocaciones al derecho y a la justicia —a las que solían ser sordos—, sino, por decirlo así, a brazo partido, iba afirmándose, en paralelo con esta reivindicación económica y material, así como con su emoción fraternal, generosa y humanista, una reivindicación ideológica y política que le estaba ligada por lazos confusos de similitud: la aspiración democrática. «Si manda el pueblo, no habrá injusticia para él». Tal era el razonamiento tácito que justificaba el acoplamiento de la democracia a la reivindicación social de los de abajo. Por último, la evidente relación que existe

entre la situación económica de cada uno y su libertad, así como entre la libertad de pensamiento y opinión y el progreso democrático, vinieron a añadir a los dos primeros un tercer principio de las democracias liberales: justicia distributiva, democracia, libertad.

Esta ha sido la trinidad que han servido lealmente los espíritus liberales del siglo XIX. Con ella han logrado elevar el nivel mínimo de vida en la casi totalidad de los países occidentales. Pero obsérvese que en este éxito le cabe una parte máxima a la libertad, porque, gracias a la libertad, se ha realizado la formidable expansión industrial del siglo, base de la riqueza que se repartía, y gracias a la libertad se ha propagado la idea de justicia distributiva que inspiró la mejor distribución. Se explica, pues, que bajo la égida de esta trinidad fecunda intenten los espíritus liberales de nuestro siglo continuar la evolución política del Occidente. Pero como al iniciarse el siglo (que históricamente comienza en 1919) se produce el aparatoso movimiento que en tantos países se abalanza contra la libertad en nombre del pueblo, será cosa de mirar los hechos más de cerca y de preguntarse si la trinidad en cuestión, tal y como actúa como fermento ideológico, corresponde a la realidad de las cosas y —lo que es todavía de más momento— si es coherente en sí y puede servir de norma para una construcción colectiva con arreglo a razón.

En cuanto a su interpretación corriente, la trinidad —justicia distributiva, democracia, libertad— sufre los avatares naturales a toda idea que cae en la lucha política: al convertirse por necesidad en proyectil para la polémica toma la forma y se dispara en la dirección que impone la artillería del partido. De aquí, una in-

evitable esquematización que falsea todo aquello que justificaba la idea en sí, todos los matices que la unían al ambiente colindante, todas las juntas elásticas que la insertaban en la acción. Así, por ejemplo, la democracia, comprendida como el gobierno por el pueblo organizado, es decir, como la organización funcional y racional del Estado, eliminados los privilegios injustificados y el arrastre de las tradiciones, es una idea política perfecta; pero la democracia comprendida como el gobierno por el pueblo, es decir, por medio de decisiones plebiscitarias, es un absurdo peligroso. Y, por desgracia, la idea corriente y moliente es el absurdo peligroso y no la norma perfecta.

No hay espacio para desarrollar de igual modo el contraste entre las ideas normas de la justicia distributiva y de la libertad, que constituyen con la idea norma de la democracia una trinidad admirable, y los fermentos activos que, en su nombre y con su etiqueta, actúan en la política práctica; pero estos tres contrastes explican que nuestras democracias contemporáneas —y la española en particular— hayan venido a tales pasos y traspiés.

Por otra parte, ha de ser objeto de preocupación y meditación para los intelectuales el antagonismo natural entre la democracia al uso y la libertad. Si la experiencia política da de sí algo claro, es la tendencia antiliberal de las democracias al uso. En teoría política es paradójico este hecho. En historia política lo es más. Ya se ha apuntado cómo todas las conquistas morales y materiales de la democracia se deben a la libertad. Pero en psicología política es humano, muy humano, tristemente humano. La democracia al uso se alimenta de igualitarismo, que, a su vez, se nutre

de envidia. Aquel ciudadano Nerón de la zarzuela de antaño que cantaba entre sus barbas de republicano de la época (había entonces una relación tan directa entre el republicanismo, el ateísmo y las barbas como entre el toreo y los labios rasurados):

Yo soy descamisado;
prefiero la igualdad;
si yo no tengo nada,
que nadie tenga más...

formuló, como en juego, una profunda verdad de psicología política. Sólo que no se limita el igualitarismo a la camisa y al bolsillo. También, y quizá sobre todo, se ejerce sobre la capacidad y no perdona ni a la voluntad ni al talento. Lo intolerable para el demócrata es el éxito. Ya ha dicho donosamente Bernard Shaw: «La democracia es el arte de impedir que nos gobiernen nuestros superiores».

Y se da el caso de que la selección de los superiores se hace de modo natural, por medio de la libertad. La libertad, poniendo en juego las fuerzas naturales, desnivela los planos de la democracia, haciendo surgir las aristocracias de la inteligencia y del carácter. La democracia perfecta no es contraria al juego de la libertad. Pero la democracia al uso, que amarillea con la ictericia de la envidia, sí. Y muy peligrosamente. Todas las sedicentes democracias sienten antagonismo hacia la libertad. Quizá por eso el pueblo liberal por excelencia, el pueblo que más sabiduría política posee, a pesar de ser quizá el pueblo más libre de envidia, o quizá por ello, no ha sentido jamás la democracia al uso. Inglaterra es una nación liberal, pero no es una nación democrática en el sentido corriente y moliente

Cuando estalle la paz

de esta palabra. Es decir, Inglaterra es una verdadera democracia.

Compañeros trabajadores del espíritu, ánimo para afrontar estos temas delicados y desagradables. Sinceridad para resolverlos con arreglo a la razón y a la realidad. La esencia de la cultura está en la libertad. La esencia del Estado está en la cultura. Si la democracia se ahonda en cauce por donde discurra tranquila y serena la libertad, seamos demócratas. Y si no, no.

Abora, 17 de abril de 1935